



Esmeraldo

VERSIÓN ELECTRÓNICA

Núm. 4, *por Manolo Martínez.*
Verano del 2004.

Diego.
Pág.2

Cuál es la palabra.
Entrega cuarta.
Pág.11

Diego.

For the sake of an example, consider the sentence 'Here is a chair'.

Hilary Putnam

Eso es todo lo que se puede decir: hay una silla. Es de tubo de metal, con un asiento forrado en verde. Cinco manchas viejas se superponen en la tela. Al hundir la nariz en ellas se aprecia un eco grasoso, de dedos y avellanas tostadas, salado e inconcretamente fétido, un desaseo humilde de traje de invierno, vagón de metro etcétera, respectivamente. A todo lo largo del perímetro del asiento las costuras acumulan arenilla de granos color humo y más claros: azúcar, caspa o servilletas de papel desmenuzadas.

Las dos patas de la izquierda son un cilindro metálico, en forma de U, que se une al asiento con dos tornillos en los dos puntos de máxima curvatura. Las patas derechas son lo mismo; no el mismo cilindro exactamente, no se me entienda mal, pero sí otro en todo análogo si dejamos aparte una salvedad que detallaré en seguida. Hay tantas piezas de caucho al final de las patas como tornillos. Debo decir, no obstante, que esta correspondencia uno a uno es casual. Se podría haber resuelto la sujeción de las patas al asiento con menos tornillos, o con más. Podrían haber faltado piezas de caucho, o haber habido de más por alguna razón. Nombraré una razón: para tapar los tornillos. Las piezas de caucho tienen forma de cubilete, pero no diré más sobre ellas porque no las veo bien desde aquí. La salvedad anunciada hace un momento es que la pata trasera izquierda está golpeada a media altura y deja ver el hierro oxidado por un agujero pequeño, del color de la arcilla, acre al olfato, levemente

áspero al tacto, que sabe a sangre coagulada cuando se roza con la lengua. He tenido que tenderme sobre el asiento y estirar las dos piernas a modo de contrapeso para comprobar esto último. Sangre coagulada, sí: lamer el agujero resulta similar a tocar una postilla en la comisura de los labios, levantarla con la lengua y notar su raíz aún húmeda. Es una experiencia más sobria porque que no ofrece la voluptuosidad de andarse trasteando en una herida. Aunque es también una experiencia más vertiginosa en el vértigo de estar extendido fuera de la silla y el atractivo temblor de los músculos de las piernas luchando por mantenerse rectas mientras se proyecta la lengua fuera de la boca. De esta manera completo mi exposición sobre las patas. Paso al respaldo.

El respaldo está acolchado de espuma. Seguramente la espuma fue una de las características más deliciosas de la silla en la que estoy sentado, y ofreció un muelle apoyadero a las espaldas, narices y encías de las otras personas que –por qué no fantasear sobre ello- quizá se sentaron en esta silla antes que yo. Ahora, sin embargo, ha perdido elasticidad y en vez de amortiguar las rugosidades del tablón de aglomerado al que está unida se las transmite a la espalda inmediatamente. Me refiero a que no actúa de medio en lo que a rugosidades se refiere. Quiero decir que el tablón de aglomerado comunica sus rugosidades inmediatamente a través del inmedio que es la espuma, si se me permite. De hecho puedo notar que hay, como una más entre las rugosidades transmitidas, una astilla de madera que se pasea entre el tablón y el cojín abultándolo aquí o allí. No sea esto motivo de alarma: es seguramente posible devolver la astilla al seno que dejó en el tablón, restregándose uno con los riñones contra la espuma para irla arrastrando (me refiero a la astilla) y, una vez justo encima del hueco, empujarla con todas las fuerzas hacia su interior, los pies apoyados firmemente contra el suelo. Además de la posición de la astilla en relación al plano del respaldo, habrá que tener en cuenta también su orientación con respecto al hueco, por lo que son de prever movimientos rotatorios además de los de arrastre para que el acople sea perfecto. Y otras muchas dificultades menores que se resolverán sobre la marcha. Vamos a ver.

Según me restriego y empujo con todas mis fuerzas, noto

cómo el asiento y el respaldo me empujan a mí a su vez, con la astilla por delante y todo lo demás unos milímetros más tarde. Podría haberlo tenido en cuenta: conozco las particularidades de la ley de acción y reacción y esta circunstancia entra nítidamente en su ámbito. Pero se me ha escapado: no he anticipado que aquí sería relevante la ley de acción y reacción. Tampoco sé exactamente en qué habrían cambiado mis decisiones de haberlo anticipado. En el futuro anticiparé más y decidiré de antemano qué será lo que cambie en mis actos de actualizarse los acontecimientos que anticipo, todo eso siempre que pueda.

Como respuesta a la fuerza que la silla ejerce sobre mí, y dado que el resto de partes de mi cuerpo están en contacto contra uno u otro objetos sólidos, mi pelvis, ella sí libre, se desplaza poco a poco hacia delante. Al final del proceso tengo los cinco sentidos y los dos riñones puestos en la astilla del respaldo, los pies apoyados firmemente contra el suelo, las manos agarrando las patas y la pelvis señalando hacia el techo mientras tiembla violentamente con el esfuerzo de empujar la astilla. Cuando me apercibo de esto, y para que no se piense que mi intención es la de exhibirme, retraso rápidamente las caderas, cruzo las piernas, apoyo las manos en el asiento y tamborileo con los dedos mientras aprovecho las inspiraciones profundas con las que intento recuperar el aliento para silbar una tonada ingenua, pastoril, que improviso sobre la marcha. Conseguiré así, si es que consigo lo que quiero, alejar la sensación de ridículo que me invade e infundir dudas en quien lo haya visto sobre lo que ha visto: mi pelvis temblando cara al techo. Eso anticipo que ocurrirá, si lo consigo.

Transcurrido unos instantes, me digo “aquí no ha pasado nada” y me dispongo a volver a mis comprobaciones sobre la astilla del respaldo. No obstante, escarmentado por la embarazosa situación de la que acabo de salir, pongo todo mi empeño en no desplazar la pelvis mientras empujo el respaldo con los riñones. Persigo, entonces, dos objetivos independientes: poner la astilla en su sitio y mantener la pelvis en el suyo. Digo “independientes” y debería decir “antagónicos”, como compruebo de inmediato: me pongo a empujar y las fuerzas que operan sobre mí, dado que no estoy dispuesto a cambiar las posiciones relativas de las partes de mi cuerpo, hacen que me separe más y más de la

silla hasta que cuando quiero darme cuenta me encuentro fuera de ella, sobre el suelo, encorvado, en la misma posición que llamamos “sentado” pero noventa grados más allá, hasta dar en una posición que entra dentro de las que designamos con la expresión “de pie”.

Pues bien, el suelo, según parece. Se puede decir que hay un suelo y que yo estoy de pie sobre él. Está cubierto en toda su superficie de baldosas de *grès* marrón oscuro en forma de octógono irregular y de otras más pequeñas, cuadradas, de color negro; la forma y el tamaño de las dos piezas escogidos de manera que permitirían extender el suelo indefinidamente, sin dejar huecos ni superponer baldosas, si las colocase un obrero enterado de la manera correcta de hacerlo y se dispusiese de suficiente cantidad. Esto podría llevarse “a cabo” felizmente, en un tiempo infinito, si estuviéramos en el reino ideal de la geometría, en que no faltan baldosas. Aquí, en el suelo sobre el que estoy de pie, en el reino de las baldosas materiales, es otra cosa. Para empezar, entre baldosa y baldosa se observa a simple vista un cordón de argamasa que no permite engañarse sobre la relación de las baldosas entre sí. Con esto me refiero a que, en el embaldosado ideal, el lado corto de una pieza octogonal es uno de los lados de una pieza cuadrada; no un lado en todo análogo, sino el mismo exactamente. También me refiero a que aquí no: hay una sustancia color pasta de dientes entre lado y lado; un emplasto que seguramente fue pegajoso y aún se comporta como pintura revenida al hincarle la uña; que huele a cartón húmedo –no dudéis que sé lo que me digo respecto al cartón húmedo- y que sabe un poco como la tiza pero luego más como el agua de enjuagar la fruta, una hoja de periódico, cartón húmedo etcétera. Quizá alguien se pregunte cómo sé a qué sabe, cómo he alcanzado la argamasa con la lengua sin dejar de estar de pie o, en caso de que haya dejado de estar de pie, por qué no he informado de ello. Lo cierto es que se me ha quedado una cantidad apreciable dentro de las uñas al arrastrarlas entre baldosa y baldosa. Después sólo he tenido que llevarme la mano a la boca y prestar atención para no confundir los sabores que provienen de mí mismo con los de la argamasa. Para arrastrar las uñas por las baldosas me ha bastado con flexionar las rodillas hasta que las manos me rozaban con el suelo. Quizá la misma persona que me veía incapaz de tocar

la argamasa con la lengua me discuta ahora que esa posición pueda describirse como “estar de pie”, y hable de “acucillarse”. Yo sólo responderé que la ciencia de la anatomía prescribe que las rodillas puedan recorrer todos los puntos de un arco que va desde la total extensión (“de pie”) hasta el máximo recogimiento posible (“acucillado”) y que mis rodillas se encontraban en la nebulosa región que limita con estas dos situaciones extremas, por lo que me siento en el derecho de elegir de qué manera hablo de mi postura.

Hasta ahí lo referente a la argamasa.

El segundo asunto que hace que el embaldosado en el que estoy de pie tenga peor solución que el embaldosado ideal de la geometría es que su progresión se interrumpe mucho antes del infinito –si tal cosa tiene sentido-, exactamente al llegar a la pared. Con “la pared” me refiero a una superficie vertical atestada de objetos que se alza impasible allí donde la han puesto, sin ni siquiera reseguir el perfil de la última línea de baldosas, más bien obligando a mutilarlas en pedazos pentagonales, triángulos escalenos, heptágonos, todos servilmente alineados entre sí y con ella.

Sólo ahora compruebo que estoy hablando de la pared.

Primero la silla, luego el suelo y por fin la pared.

Incuestionablemente, avanzo.

Puede decirse que hay una pared, y que se alza justo delante de mí. Es una superficie vertical atestada de objetos. Uno de ellos es mi ex-novia, la bella Nitrato. Nitrato está apoyada contra el resto de la pared con un vodka limón en la mano. Es de gran tamaño, más bien blanda al tacto y vestida con profusión de camisetas. Huele a una versión evaporada de perfume y, al pasarle la lengua por la mejilla, la sensación es de acidez matizada por el paladar remotamente alcohólico de alguna untura cosmética. Eso si hablamos de mi lengua: otra consecuencia, y ésta ocurre *fuera* de mi boca, de chuparle la cara a Nitrato es que ella extiende los brazos, los dispone alrededor de mis hombros, me introduce la lengua en la oreja y la mueve como se acostumbra a hacer cuando se intenta hablar (aquí me estoy refiriendo a su lengua, no la mía). Yo, que quiere usted, apoyo mi peso sobre Nitrato e intento descifrar lo que me está diciendo, si es que su intención es decir algo. Mientras tanto continúo acometiendo con la lengua con el propósito de afinar mi percepción de los sabores que se desprenden de su mejilla: lo ácido, lo



vagamente alcohólico, lo emparentado con el armario ropero, lo afín al aceite de girasol. Otra vez apunto a dos objetivos independientes y quién sabe si antagónicos: la mejilla y el monólogo de Nitrato. Mejor me iría si decidiese de antemano qué me interesa más y qué menos, y obrase en consecuencia. Eso haré en adelante, en mi vida, si las circunstancias me lo permiten.

Pasamos unos minutos así, yo barriendo la superficie de su cara con mi lengua y ella moviendo la suya acompasadamente dentro de mi oreja. Cuando bostezo, en parte por falta de aire y en parte al haberme fatigado lo prolongado del ejercicio, Nitrato dice aun otra cosa, también ininteligible y yo, elevando el volumen de mi voz hasta que estoy seguro de que se oirá por encima del atronador, pulsátil sonido ambiente, respondo “soy un adorable granuja” o algo del mismo efecto y agito la pierna derecha. Otro de los objetos que atestan la superficie vertical es una abertura por la que puede pasar, y pasa efectivamente, un cuerpo erguido de mi estatura, y a través de la cual muy bien podría haberse hecho continuar el embaldosado. Pero no, el tipo de suelo cambia al traspasarse el umbral, malbaratándose tristemente la oportunidad de llevar el mosaico mucho más lejos, quién sabe hasta dónde: el infinito. Doblo las rodillas sobre la última fila de baldosas y repaso su doloroso perfil con el dedo. Podría quedarme aquí aún un rato, lamiendo la cicatriz del embaldosado, por lo menos hasta que se me pase esta llantina.

Nada de eso; mejor continuar. Vaciamos la frente de lamentos y sigamos adelante. Quiero decir, sólo yo: vacíe yo mi frente de lamentos y siga yo adelante.

Hasta ahí lo que se puede decir de la pared. Adelante, adelante.

Más allá de la abertura arranca una escalera. Esto introduce una conveniente novedad: me permitirá informar de la calidad organoléptica del suelo sin dejar de estar de pie y sin doblar las rodillas. Para ello bastará que me deje caer hasta aterrizar, con la cabeza en un escalón superior de la escalera y los pies al pie, formando un ángulo diferente de cero con la horizontal. De nuevo, entre noventa grados y cero hay un continente incógnito en el que tengo derecho a disponer del nombre que prefiera para mi postura. Detesto los cambios innecesarios, así que dispondré del siguiente nombre: “de

pie”. Me dejo caer y aterrizo sobre el apuesto Bismuto, un adulto casi cilíndrico, con abundante posibilidad de cabello aunque poco cabello en acto, rasurado como está apenas abandona los bulbos en que se cría. Alguien mantendrá ahora que Bismuto no es parte alícuota de la escalera, que sus características no representan las de la escalera en un sentido amplio, que poco vamos a aprender sobre la escalera con este asunto de Bismuto etcétera.

Quisiera preguntarle a esa persona, primero, por qué desapruueba constantemente mi manera de hablar. Bastante trabajo me cuesta avanzar a mí solo en este sitio en el que no se ve más que la bruma del hielo seco y la silla, el suelo, la pared, la escalera etcétera, como para que a cada paso sea requerido para que explique cómo me explico. Segundo, qué tiene que objetar a Bismuto, si es la porción de la escalera que el azar me ha dado a evaluar. Quizá otra parte de la escalera, una baldosa cualquiera (porque la escalera está recubierta de baldosas) del quinto escalón (porque la anchura y la altura de los peldaños hacen que la distancia entre dos puntos análogos de peldaños consecutivos sea aproximadamente igual a un quinto de mi estatura), tenga un gusto u olor del todo diferente al del resto de baldosas de la escalera. Quizá Bismuto, por su parte, sepa a baldosa y en ese caso el mal no habrá sido tan grande. Tercero y último, dejando el subjuntivo a un lado, Bismuto sabe realmente a baldosa. ¿Qué tiene ahora que objetar aquella persona? ¿Con qué nos saldrá? Más le vale dejarme hablar como yo considere oportuno.

Como decía, la escalera, en la parte de Bismuto, tiene un cráneo abrasivo y polvoriento y los ojos cerrados. Desde lejos debe de parecer que permanece en completo reposo, pero yo estoy pegado a él (a ella, la escalera) y puedo asegurar que resopla y se sacude mínimamente, sin ritmo, entre prolongadas apneas. La lengua no encuentra superficies amables al recorrerle. Tampoco la nariz, que hundo metódicamente en todos los pliegues a la vista, me ofrece olores gratos de que informar, ni alguno indefinido o anodino. Todos son en mayor o menor medida nauseabundos: cuello, axilas, ingles etcétera, reservorios de orina y sudor estancados que repiten una y otra vez los mismos temas olfativos de lata de conservas abierta, muslo de pollo olvidado tras el radiador y semen sobre cáscara de

salchichón. No hay que darle más vueltas, una escalera no tiene por qué ofrecer inabarcable riqueza sensorial y ésta en concreto se acaba quedando en tres estampas de la vida doméstica: la lata musgosa en un rincón de la alacena; la limpieza general que saca un objeto monstruoso de detrás del radiador y resulta ser un muslo de pollo, escondido meses atrás por el inapetente hijo de los señores; el semen que se limpia con un retal de cáscara de salchichón. Bismuto se acaba de despertar. Anticipo ahora otro episodio bajo la férula de la ley de acción y reacción. Esta vez me coge sobre aviso. No voy a exhibirme, ni a cambiar la pelvis de sitio. Ante mi pasividad y agarrotamiento –puedo entender que él lo perciba así; yo prefiero hablar de firmeza- Bismuto me aparta de un empujón que da conmigo en la región embaldosada que comprende los escalones sexto y séptimo. Alguien se felicitará ahora: “por fin, tras este vergonzoso excursus, sabremos cómo es la escalera; si partes ahora mismo en busca de redención y nos explicas cómo es la escalera sin demorarte más, sabremos perdonarte; chupa, por favor, una baldosa; no te dilates y dinos a qué huelen las esquinas entre peldaño y peldaño; ¿es esta argamasa la misma o diferente?; etcétera”.

Permíteme, quien seas, que descanse un momento. Me he golpeado la espalda con una de las esquinas que te interesan. Bismuto está a mi lado gritando, según se colige de la tensión muscular en su cuello y de su boca abierta. Al pasar del quinto al sexto y séptimo escalones he perdido la silla de vista irremediabilmente y, en cambio, ahí siguen las teselas mutiladas en el umbral. Sólo oigo el ensordecedor latido que sale de los altavoces. No, no voy a escucharte más. La escalera ya está. Miraré hacia arriba, después del octavo y último escalón.

“Te prohíbo mirar más allá de la escalera”.

¡Hay una puerta! ¿De veras no te interesa? Es opaca, de madera, está cerrada, puede olerse y tocarse. Puedo informarte cumplidamente de a qué saben los listones y a qué el pomo. Fíjate bien en lo que te digo: una puerta.

“Prefiero que te concentres en la escalera. Lo siento. No me ha quedado clara la escalera. Lo de Bismuto ha sido una farsa y has perdido la oportunidad de describir lo importante. Ahora podrías estar ya pasando al siguiente asunto, pero tú mismo has escogido esta situación penosa”.

Cuál es la palabra.

ENTREGA CUARTA.

Helena piensa,

Mi despachito, le llaman estos. Cómo se nota que no han estado aquí nunca y cómo se nota que no han trabajado en su vida (Gerardo y su entrevista... A saber). Así que nada: Helena tendrá un despachito. Me colocan entre cuatro paredes acogedoras: aquí pondremos a Helena, con su batita y su estetoscopio, a pasar consulta, a despachar y tomar café. Probablemente también ficho por las mañanas cuando llego, con una tarjeta de banda magnética en un reloj de metal, en una sala enorme, que se ve con alguna perspectiva sofisticada, un plano general desde la escalera sobre las paredes tan blancas que velan la película, varios médicos charlando en grupos, lejísimos, Canaletto, con el reloj de metal en medio. Luego ya más como en Hospital Central: salgo de la sala del reloj y alguien me está esperando con un desfibrilador y una camilla con un niño encima para ponernos inmediatamente a salvarle la vida por los pasillos, a toda velocidad y las puertas batiendo, al pasar nosotros, con un golpe sordo que hace síncopeas con nuestro ir descargando voltios en el pecho del niño, “uno, dos, ¡tres!, uno, dos, ¡tres!”. Después paramos y todos a mi despachito, el romance laboral, las peleas con el jefe, las bromas privadas entre compañeros, mi polémico memorandum sobre el departamento de pediatría. Se enfadan conmigo porque soy

tan rebelde, pero no se atreven a echarme. Aceptadlo: la doctora Helena es insustituible. Otra vez me llaman por megafonía urgentemente para que vuelva a desfibrilar por los pasillos, para que opere a un niño de urgencia. Allá vamos, volando, con la camilla a toda velocidad, a fichar, a charlar en grupos, a tomarnos un café en mi despachito, apoyados contra mis cuatro acogedoras paredes. Sí.

Aquí lo único mío de verdad son esta cajonera y esta silla. Mías que las uso sólo yo, vamos, cuando me vaya no me las llevaré tampoco. Porque lo que es la mesa es a medias con una compañera, y las paredes las comparto con las siete que somos. Salimos a cuatro séptimos de pared por persona, cinco séptimos si cuento la pared pequeña, pero vaya, no las quiero, las paredes: los posters divulgativos de niños vacunados, que me parece muy bien pero no sé qué haría yo, y las fotocopias de chistes de pediatras que pegan mis compañeras. Para que primero mires alrededor y luego al chiste y saques conclusiones. A ver si no: una fotocopia de un dibujo sin gracia, todo tipo “alegrar el ambiente”, será, o para decirnos entre nosotros que aunque estamos el día entero tocando a los niños por dentro y viéndolos en trozos de niño, o vomitando, o llorando sin parar, o hijos de unos padres que te quedas de piedra, que los traen a urgencias el sábado por la tarde porque no tienen nada mejor que hacer y así se dan un paseo y preguntan aquello del niño no sea que les vaya a dar la noche, y te traen las cacas del niño dentro de una fiambra, y luego montan campamento en el hospital y todo eso enfadadísimo porque no les haces caso a ellos primero y todo el caso que se merecen, que es un caso pesado, de responder a todo y mucho rato y cucamonas y hay que ver qué niño más precioso, pues a pesar de todo decirnos entre nosotros, con los chistes, que nos va estupendamente, que somos gente que “no se toma en serio a sí misma”, que busca chistes de pediatras en internet, los imprime, los fotocopia y cubre sus paredes con ellos. Una gente normal, una risa de gente. Sólo hay que vernos a todos juntos para que te entre la risa.

Así que para qué querría yo las paredes; para nada. La mesa es otra cosa. Si tuviera una para mí, o incluso media para mí, que no es lo mismo que tener una a medias para las dos.

Porque este arreglo no me hace mucha gracia, los papeles de mi compañera sobrepasando, muy poco pero sí, el límite de “más o menos hasta aquí llega tu parte” y qué vas a decir si la mesa es a medias. Te aguantas. ¿Al final qué pasa? Que incluso el extremo de la izquierda del todo, que es mío si algo lo es en toda la mesa, queda manchado minúsculamente por la posibilidad de que la pobre de mi compañera ponga un post-it, una fotito, cualquier cosa. No lo pone nunca, pobre, pero ahí está la posibilidad, yendo a menos y a menos desde su lado derecho hasta mi lado izquierdo, bañando toda la mesa como un degradado, un fondo a dos colores de PowerPoint, mi color y el de mi compañera, porque la mesa es a medias. Si tuviera media mesa entera, entonces, Ay, mira, me voy.

Para un día que no tengo guardia, qué hago perdiendo el tiempo con el ordenador. Mira el pasillo, ya no queda casi nadie. Todo el mundo está abajo en el jaleo, o si no en su casa. Desde luego, qué pasillo, mira las baldosas. Mira esa luz de bombillas amarillas, de tetrabrik, de grasa que sube hasta el techo desde la UCI de neonatos para pringar las lámparas, que igual eran blancas pero ahora babean esta luz de hueco de ascensor, de niño: nenuco, pedo, leche agria, lo mismo a lo que olemos nosotras. Y todo color crema: las bombillas color crema, los marcos de las puertas color crema, las paredes color crema, las mesitas plegables color crema, las bandejas de comida color crema, todo el hospital una encimera de cocina. ¿Cómo será este color? ¿Cómo dirán que es? “Relajante”, “sufrido”, “color crema”.

Salir corriendo. Salir corriendo ya, coger la chaqueta y llegar hasta la calle. ¿Cuánto tiempo llevará aquí esta bombona? La chaqueta la he dejado en la habitación de descanso. Bueno, no es para tanto; ahora las farolas y quedo con alguien, me doy un paseo. Hasta mañana a las ocho, no. Me pitan los oídos. Voy a acercarme a la habitación a coger la chaqueta. Para eso pasar por donde los pacientes.

¿Algún padre viendo la tele en la sala de espera? A ver. Y la máquina de latas zumbando en su rincón. Mírala, alumbrando, el trasto este calentucio, qué luz saca, un ojo blanco sobre la esquina mirando y mirando a todas horas, sin parpadear. Incluso cuando se han apagado las luces. Sobre



todo cuando. “La refrescante sensación”, “la vida sabe bien”, “estés donde estés”, para que lo leamos nosotros, las pediatras, los niños, los padres cuando pasan aquí la noche, que no se nos olvide que no sé qué. Lo de fuera dándonos la espalda, pero insinuándose con la máquina de latas, el plástico de colores vibrando, destemplado si le pones la mano encima, con esta luz de ojo blanco sobre la esquina, el zumbido en los oídos y, por debajo, el televisor encendido en la sala de espera.

Porque o delante, o pasando corriendo por delante, o de espaldas, pero todos y siempre cerca de una tele: nosotras en las habitaciones de descanso de las guardias, los padres en la sala de espera, los niños en su cama. Esta tele del hospital que es como si no sirviera para lo que la han puesto: vale, una luz desmadejada que nos toca con la palma de la mano, pero programas es como si no tuviera. Aunque miremos hacia la tele y veamos a alguien que habla, una presentadora, esta tele es incapaz de mantenerla ahí mucho rato. Parecerá una persona, lo será un momento, pero en seguida se fundirá hasta quedarse en una silueta del tamaño que quepa en la pantalla, un dibujito. Será lo que parece: los colores mismos que se pintan en el vidrio de la tele, nada que ver con la persona que grabaron, no sé por qué. porque no tenemos tiempo, no estamos mirando, vamos de acá para allá deprisa, será por eso. Todo se queda en su sitio; nada va sobre nada en estas teles. Sólo la palma de la mano, la cortina que nos roza, la sesión de rayos cósmicos de ponerse delante de la tele.

La sala de espera está vacía. ¿Por qué me he sentado aquí? Los sofás verdes con la piel agrietada (espera, es plástico, sintética; mi madre y yo a hacer recados y entrábamos en el banco, yo coleccionando folletos mientras ella iba a la ventanilla, entonces sí las grietas), los sietes, una quemadura de cigarrillo (pero si aquí no se puede; será otra cosa). Esta mesa, este confort que no hay quien se lo crea: la planta, es que mírala: “para hacer bonito”, “para dar un toque de color”, ¿cómo lo dicen?: “animado”, “acogedor”. ¿Quién lo dice? ¿Quién se atrevería a decir esas cosas? Pero se dicen, está claro, es mirar la planta y te saltan las palabras a la oreja. Y esta tele, más grande que la mía. Siluetas también, más

grandes, para los padres que lo mismo se quedarían mirando cara a la pared. La mía en la habitación de descanso, que la enciendo, se queda en el canal que sea y yo me acuesto en la litera. Parece mentira, paso más tiempo acostada en esa litera que en la cama de mi piso (tampoco me la llevaré, la de mi piso; “semiamueblado”: la cómoda, cuatro sillas y la mesa redonda de comedor haciendo equilibros sobre las patas, la cena rodando encima, pero bueno: ésa es mi cama) y sigo sin acostumbrarme, sigo de campamento cuatro días por semana. Como si me dijeran “tiéndete aquí y duérmete un poquito, anda” en la habitación de unos amigos de mis padres, porque he vomitado en el cumple de su hijo. Como si me echara con una camiseta que me han prestado y todo dándome vueltas, medio borracha en el piso en la playa de una compañera que apenas conozco, porque has cambiado de trabajo y quieres intimar rápido y te vas a pasar el fin de semana a no sé dónde y no hay manera de dormirse (Gerardo y Celia en el piso en la playa, ¿habrá sido así al principio?, ¿lo será ahora?, ¿cuándo se acaba el principio, Gerardo?).

Todo ese moverse y pastoso y qué sed, cuatro veces por semana, en cada guardia, en aquella litera, en mi habitación de descanso, en el sótano, junto a la cantina, con la televisión encendida y, por debajo, el zumbido de la nevera de Anatomía Patológica. Ésa nevera en cambio no refresca latas, ya ves, refresca otras cosas: “al fresco”. Charcutería, las piernas como bastones. Hace mucho que no las veo. Pero para mí es lo mismo: un temblor y un zumbido de situarse entre los pasillos oscuros cuando te acuestas. Das un par de vueltas sobre la cama y te quedas encarando la puerta con los ojos cerrados. Piensas, ¿Estaré durmiendo? y para cerciorarte pruebas a abrir los ojos y ves los pasillos oscuros y, al fondo, un fluorescente que dejan encendido en la cantina. Te quedas acostada, pero a la vez también te pones a caminar, a la vez tocas el fluorescente con la mano mientras zumba, destemplado, y tu habitación te espera detrás tuyo como una boca abierta, y estás dentro, y a la vez caminando por los pasillos, en medio, entre el fluorescente y tu habitación. Y piensas, Por qué no te duermes, Helena, si tienes que estar despierta y de guardia dentro de tres horas. Por qué no te duermes, si tienes que estar despierta. Por qué no se duerme

todo el mundo. Dejad de dar cabezadas con las televisiones encendidas y dormíos de una vez. El zumbido destemplado, el ojo blanco, Gerardo y Celia, el fluorescente de la cantina, también, claro, una boca abierta...

¿Pues no me he dormido aquí sentada como una idiota? La sala de espera está vacía, hala, ya lo has visto, ¿ya estás tranquila? Vámonos ya, ya, ya, ya de una vez. Sal por la cantina, es más rápido.

Helena se estira y se pasa la mano por la cara. Se pone la chaqueta y sale por la cantina. Ya han encendido las farolas. Tiene pensado acercarse al centro, hablar con gente antes de meterse en la cama. Camina a favor de semáforo, sin decidir, observa en cada cruce el que está en verde y por allí pasa. Son minutos de persianas metálicas y timbres de portero automático. A cada manzana, más se decanta la materia del día. Avanzar a su través es fácil y sin sentido: es el horario de oficinas el que fija los trayectos, a esta hora parece que dé igual todo. Unos autobuses vuelven a cochera, otros adelantan todavía a Helena transformados en vitrinas encendidas. Helena se fija en ellos al cruzar por los chaflanes. Pregunta la hora a alguien que pasa. Mira a lo lejos, hacia la torre de comunicaciones en la ladera de la montaña, el destino de una caminata que justamente hoy, ahora, no podría hacerse: la de dejar atrás estas calles, luego atravesar los barrios periféricos, cuando empiece a acabarse el asfalto levantar las rodillas por entre los arañazos y las matas, los caminos domingueros, las casas oscuras, una cuesta inacabable y, al no poderse ya más, por fin el cilindro de hormigón, imposible, recortado sobre el fondo húmedo que se respiraría, el aire de la ciudad desnaturalizado por el ascenso y los árboles, aire helado, vivísimo, que rompe en un borbotón ígneo con cada animal agazapado en la masa brutal del bosque, que serán muchísimos según Helena, un arremolinarse de gatos y murciélagos a pocos metros, peligrosos, interesantes, y ella allí plantando cara. Entonces tocar la torre y emprender el camino de vuelta. Para Helena, la urdimbre de paseos que no pueden darse, que definen por exclusión el espacio que ocupan los días

entre semana, se teje desde esos edificios que se hacen ver a lo lejos. La diadema que la ciudad ilumina orgullosamente y se ciñe, los contraluces falazmente misteriosos, la escenografía de fantasiosas sombras y fantasiosa luz, las postales que la ciudad compra para sí, para que la sustituyan y la refieran, para que se vean a lo lejos, están entristeciendo ahora a Helena un poco: no se podría, mañana a las ocho otra vez, no habría tiempo.

Pero Helena camina por donde sí se puede, por este paseo desde su hospital al centro, y va incorporando la cuadrícula del barrio como una solución momentánea, una componenda que le ofrecen las aceras al caer una tras otra, indistinguibles, y que ella acepta. Va observando los estribillos de siempre: el camión de la basura, la maceta que gotea sobre la calzada, el tenedor contra el plato a través de la ventana del entresuelo, la arena rítmica de unos pasos. Los consume ávidamente pero hace también el gesto de esquivarlos, de no caer en ellos porque son posturas repetidas, cada una ya menos cosa que está pasando y más frase que se recuerda. Hace el gesto de no ser tonta, de estar alerta, de no dejarse encantar, pero al cabo de un momento se olvida y vuelve a buscarlos con la mirada para que le confirmen, una vez más y otra, que está paseando, que es de noche, que tiene derecho a este desahogo convencional del paseo nocturno.

Es ya noche cerrada. Helena ha cruzado un último semáforo en verde y doblado una última esquina y el Café Torino ha aparecido delante de ella. Sigue pensando en el ojo blanco, Gerardo y Celia, el zumbido destemplado, mientras pasa sin detenerse por delante del Café Torino.

No. “Sigue pensando en el ojo blanco, Gerardo y Celia, el zumbido destemplado” carece de sentido. ¿Qué podría querer decir que Helena piensa todo eso? ¿Tiene Helena, para pensar eso, que pronunciar esas palabras, “ojo”, “Gerardo”, “zumbido”, “el”, con la voz de la mente, y oír las a la vez? Pensar no puede ser cuestión de esas vocalizaciones subaurales, el “monólogo interior”. Decir lo que piensa Helena no puede ser tan fácil como transcribir un monólogo; un galimatías que tan sólo es sonidos, o contrapartida

fantasmal de sonidos; que es, a todo lo más, la cáscara de los pensamientos y como tal susceptible de simulacro.

Los pensamientos que piensa Helena entonces, ¿qué serán? Todo esto, las causas: Helena misma y su hospital. Aquello en lo que ha dado el loco formar conjuntos de la mente por su cuenta: incomprensible, abismal, codificado en forma de palabras sólo por accidente. El resto del tiempo la modulación analógica de la materia, constante, convulsa, que pone en entredicho lo inteligible. Algo que no está hecho para ser entendido porque no está hecho para nada. Una secreción, como el sudor o la saliva o las palabras. Helena piensa porque no hay más remedio, es el desplazarse las cosas de un lado a otro de la conciencia por su propio peso, dejadas a su aire.

Así está ahora, sacando la bolsa de té de la taza y pensando en algo, ¿en qué? Todos hablan a la vez en el Café Torino, cada mesa un griterío y Helena no sabe exactamente. Las cucharillas golpean contra los platos, la máquina de café resopla tras la barra, caen las naranjas atónitas en el exprimidor como cae Helena en la cuenta de en qué está pensando, en quién está pensando.



Esmeraldo, núm. 4:

Redacción: manolo@astrohungaro.com.

Ilustraciones: ballesteros@astrohungaro.com.

Maquetación: genis@astrohungaro.com.

Un producto de Austrohúngaro.

<http://www.astrohungaro.com/esmeraldo>